



AMICIS

EN
EL OCEANO

PQ4683
.A3
E58

R. C.



1020027103



19200748

OBRAS DE EDMUNDO DE AMICIS
 TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL ITALIANO

por

HERMENEGILDO GINER DE LOS RÍOS

De venta en casa de D. Agustín Jubera, y en las principales librerías.

PESETAS

1870-71. — Recuerdos.....	3
La vida militar. — Bocetos. (Primera serie)...	3
La vida militar. — Nuevos bocetos. 2.ª serie)...	3
Páginas sueltas.....	3
Retratos literarios.....	3
España.....	3,50
Efectos psicológicos del vino. (Conferencia)...	1
Italia. Dos tomos.....	6
Los amigos. Tres tomos.....	9
Poesías, traducidas en verso castellano.....	3,50
Turin, Londres y París.....	2,50
Impresiones de América, acuarelas y dibujos.	3
Ideas sobre el rostro y el lenguaje y pruebas fotográficas. (Con 4 fotograbados de Laporta).	3
Constantinopla. Dos tomos.....	5
Novelas.....	3
Corazón (Cuore). Diario de un niño, con prólogo de Fernanflor.....	3,50
Holanda. (En colaboración con Muñiz Carro).	4

Marruecos. Traducción de J. Muñiz Carro. . 3,50

OBRAS de EDMUNDO de AMICIS

EN EL

OCEÁNO

VIAJE Á LA ARGENTINA

VERSIÓN CASTELLANA

de

H. GINER DE LOS RÍOS

PRECEDIDA DE UNA

CARTA-PRÓLOGO DEL AUTOR



FONDO

RICARDO COVARRUBIAS

86314

MADRID

AGUSTÍN JUBERA, EDITOR

ALMACENES DE LIBROS

Calle de Campomanes, 10.

15211

C
910
A.
PQ 4683
A3
ES8

Es propiedad.
Derechos reservados.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Madrid.—*Imprenta Popular*, Plaza del Dos de Mayo, 4.—1889.

Al valeroso comandante

Carlos de Amezaga

dedica este libro

en prueba de afecto y gratitud,

El Autor.



CARTA-PRÓLOGO DEL AUTOR

PARA LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Querido Siner:

¿Qué prólogo quiere usted que haga para un libro que ya parece demasiado largo?

Un solo prefacio podría hacer, y lo haría con mucho gusto, si tuviese tiempo: querría volver á hablar de España; decir cosas que no dije en aquel pobre libro mío, el cual, después de *La vida militar* que hizo que me amasen los soldados italianos, es el que tengo en más: porque me conquistó la simpatía de una parte de sus compatriotas.

Quisiera sobre todo hablarle largamente de Madrid, de cuya villa, después de diez y ocho años, conservo memoria viva y luminosa, como la que se suele guardar de los más queridos amores juveniles. Tengo todavía en la palma de la mano la ciudad y se-

ría un impagable *cicerone*. En el tiempo que permanecí en Madrid, he sido el más infatigable *badaud*, el más incansable paseante que haya existido nunca entre el Palacio Real y Recoletos. He paseado tanto por la Puerta del Sol, que todos los desocupados que viven en aquellas aceras me conocían ya de vista; y daba tantas vueltas al redor del Congreso de los diputados esperando la hora de la sesión, que más de un guardia civil me miró muchas veces con ojo avizor y de sospecha.

No sé qué hay en el aspecto de vuestro Madrid, y en la gente, y en el cielo, y en el aire, que me provocaba inexplicable deleite el vagar sin reposo por calles y plazas, como si al volver de cada esquina fuese á tropezar con una gran fortuna.

¡Cuánto esfuerzo me costaba abandonar la calle de Alcalá para ir á escribir mi correspondencia política!

Porque ha de saber usted, que, no teniendo yo bastante dinero para permitirme el lujo de gozar de Madrid por cuenta propia, me había comprometido para servir de corresponsal político de *La Nazione*, de Florencia.

Y usted se reiría de todo corazón, si leyese ahora las cuarenta larguísimas cartas

que escribí sobre el origen y la división de los partidos, sobre las crisis ministeriales, la discusión de los presupuestos, la guerra carlista, las elecciones generales. Digo que usted se reiría, porque reconocería inmediatamente bajo el fingido político al artista de veinticinco años que pugna y se estremece ante la necesidad de hablar de cosas que no le gustan y de las cuales no entiende, y que aprovecha todas las ocasiones para sacudir el yugo y hacer una escapada en el campo de la poesía y de la literatura.

No era á la verdad la lucha de los partidos ni los presupuestos lo que me atraía cotidianamente á la tribuna de periodistas del Congreso y al salón de conferencias, donde mi asiduidad fué parte para que algún diputado de oposición me mirase con desconfianza, creyéndome un agente secreto de Don Amadeo de Saboya; no, lo que me atraía era la elocuencia castellana; la armonía de esa bellísima lengua, que quería aprender en vivo; la variedad de los incidentes dramáticos; la interesante diversidad de carácter y pronunciación entre los diputados de las diferentes provincias; los chistes y las palabras mordaces, felicísimas é innumerables, que

cogía al vuelo en los coloquios privados.

Cierto que no comprendía bien por qué cayó Sagasta sucediéndole Topete, ni por qué Ruiz Zorrilla negase su aprobación al *presupuesto* del ministerio de Hacienda; pero en cambio había adelantado tanto en mis estudios, que sabía imitar á las mil maravillas los gestos y los gritos impetuosos del presidente Ríos Rosas, la onda irruptora de palabras de Romero Robledo; la majestuosa entonación de Castelar; el acento profético de Pi y Margall; el ademán elegante y correcto de Martos.

El estudio de la lengua constituía mi principal pasión, no descuidándolo un solo día de cuantos permanecí en España; mi más grande triunfo, el de que al conversar conmigo algún desconocido, me tomase por español: claro está que durante diez minutos... ¡El engaño no podía durar arriba de ese tiempo!

Y con el solo objeto de aprender nuevos modos, voces nuevas del uso común, devoraba diariamente una docena de periódicos, desde *La Epoca* á *El Combate*, desde *El Imparcial* á *La Correspondencia de España*. Jamás he desperdiciado la ocasión de trabar conversación con un obreiro, con un muchacho, con una mujer del

pueblo, con un soldado, procurando recoger de sus labios uno de aquellos *idiotismos* originales que esculpen y pintan una idea (de los que tan rara vez se tropiezan en los libros), para anotarlo; y me parecía que había encontrado una piedra preciosa.

Sí, querido Giner: he amado á Madrid como á Turín y su lengua de usted como la mía, siendo la política el último de mis pensamientos.

La política, por otra parte, no me proporcionaba sino molestias; puesto que, estando en Madrid y viendo las cosas de cerca, no podía escribir á mi periódico, mas que la verdad con respecto á la precaria posición, mejor dicho, á la próxima é indefectible abdicación del rey italiano: y esta verdad precisamente, disgustaba á muchos en Italia, y me censuraban.

A seguir mis impulsos, yo no habría escrito de otra cosa que de poetas, músicos, trajes populares, de cosas bellas, en fin, y alegres; entre las cuales contaba los centenares de hermosísimos niños que jugaban en el Prado los domingos por la noche, y á quienes pasaba contemplando horas enteras—solo—, presa ya desde en-

tonces de esta adoración que tengo hacia la infancia.

¡Ah, Dios mío! Florecía la primavera; estaba en España; tenía veinticinco años: me parece que era muy natural que viese una España toda color de cielo, toda color de rosa, como los críticos me han censurado luego. Y la veo todavía así, porque después de aquella primera poética impresión que recibí en los años del entusiasmo, no la he vuelto á ver, y la impresión dura inalterable.

Por esta razón es su país de usted aquel adonde se dirige con mayor frecuencia y más plácidamente mi pensamiento. A pesar de haber visto tantos, tan extraños y hasta tan bellos, mi sueño es siempre volver á España, y singularmente ver de nuevo á Madrid. Vivir otra vez, siquiera sea por tres ó cuatro días, aquella deliciosa vida de vagabundo, de *soñador*, de admirador de todo y de todos, que llevé hace dieciocho años.

¡Con qué emoción pasaría por aquellas calles é iría á llamar á la puerta de los antiguos amigos! A algunos acaso no encontraría; á otros les costaría trabajo reconocirme, pero...

Pero encontraría otros nuevos, ¿no es

verdad? Todos aquellos que, en la juvenil descripción que hice de su patria, han perdonado la ligereza, las lagunas, la insuficiencia artística, para no acordarse mas que de la simpatía profunda y del afecto vivísimo que inspiraron aquellas páginas.

Con esta esperanza cierro esta carta, querido Giner, rogándole que la publique á la cabeza de su traducción, como un saludo y un acto cordial de gratitud que mando á mis lectores españoles, de los cuales el mayor premio á que aspiro es que digan al terminar la lectura:

«Sea el libro como fuere, es el libro de un antiguo amigo.»

Edmundo De Amicis.

Turín, Mayo de 1889.